

# TIEMPO DE EMIGRACION

La emigración, tal como hoy la conocemos, es un fenómeno reciente, al menos relativamente reciente. En tiempos pasados pueblos enteros abandonaban sus tierras para buscar otras mejores y menos inhóspitas, ejércitos ocuparon territorios ajenos como avanzada de asentamientos de comerciantes y poblaciones en expansión demográfica, traficantes de hombres esclavizaron a los vencidos para venderlos y utilizarlos en las metrópolis y en campos de trabajo lejanos, pero ninguno de estos movimientos de masas humanas pueden identificarse con la emigración económica tal como la vemos desarrollarse ante nuestros ojos.

El primer problema que se plantea cuando se trata de escribir o, simplemente, reflexionar sobre un tema es el de precisar, en cierto modo, definirlo. En el gran saco de la emigración, lleno de resonancias sentimentales, de demagogia, de sensiblerías, se han ido acumulando las imprecisiones y las ambigüedades hasta el punto de que es difícil saber de qué se está hablando cuando se trata de analizar uno de los fenómenos más importantes y característicos de nuestra época.

La emigración económica es, aunque parezca una perogrullada decirlo, un fenómeno económico. Un fenómeno económico que da un resultado sociológico complejo en el que se pueden encontrar aspectos muy visibles, tales como el desarraigo, la marginación o el racismo en las sociedades de acogida, y manifestaciones escandalosas como el chabolismo, la discriminación en materia salarial, etc. Pero conviene no confundir el rábano con las hojas. Está muy bien, sin duda, el decir que «también el emigrante es nuestro hermano», pero quizá sea necesario y mejor determinar el por qué es preciso recordarnos esta verdad «teórica» que contradice una realidad que convierte al emigrante en un separado, en un paria.

Antes —¿antes de qué?— la gente no emigraba, la gente que sobraba se moría en el lugar que le había tocado en suerte. Hoy —¿después de qué?— la gente que sobra, emigra, se va donde cree que hace falta, donde le llaman. La continuidad del fenómeno se produce entre los términos «morir» y «emigrar», los que antes se morían hoy emigran, el salto cualitativo se da en el cambio de los modos de producción: en el mundo anterior al capitalismo la gente estaba sujeta a la tierra, a los útiles, al señor y, en un último término trascendente, a la Providencia: al rayo, a la epidemia, al hambre aguda... en el mundo capitalista el hombre, liberado del útil y de la tierra, el hombre desnudo va donde el dinero disponible reclama su fuerza de trabajo, emigra al mercado de trabajo capitalista.

La emigración económica —como concepto económico que permite pensar un fenómeno observable— no es otra cosa que ese movimiento de transformación de una fuerza de trabajo liberada de las relaciones de producción precapitalista que le sujetaban a la tierra y a los útiles en una

fuerza de trabajo nueva, en cuanto sometida a unas nuevas relaciones de producción capitalista. El estudiar y conocer esta transformación es estudiar y conocer la emigración económica, situarla dentro del campo apropiado para su investigación.

Para situar las condiciones sociales en que se hace la emigración —tales como el chabolismo, la marginación legal y social, el racismo que provoca, el desarraigo, etc.— en su verdadero contexto, es preciso no perder de vista que la emigración forma parte de la expansión capitalista, y que en buena parte define lo que es esta expansión y cuáles son sus consecuencias sobre grupos importantes de hombres, que además —como dice el cartel— «también son nuestros hermanos».

Cierto, es mucho mejor que la gente emigre —aunque la emigración sea dolorosa—, que no que se mueran como perros en su rincón; pero sepamos que las condiciones de su gran viaje, y este mismo viaje, vienen impuestos por la acumulación capitalista, forman parte de esta acumulación y son necesarios a la misma y a sus resultados de desarrollo general.

En un estudio reciente de la UNESCO se calcula en 1.200.000 personas activas el volumen anual de la emigración de los países de la periferia europea a los diez países europeos desarrollados (no se cuenta Italia y si Inglaterra). Parece inútil plantearse cómo viven y cómo se les recibe, y lo que sufren estos emigrantes si la reseña de las condiciones de la emigración no se convierte en un acta de acusación contra el desarrollo económico que produce estas condiciones.

El periódico «ABC» se hacía eco, tanto en su información gráfica como escrita, de las condiciones lamentables en las que viven un grupo de unos 6.000 emigrantes portugueses en un pequeño pueblo asturiano. Nosotros, simplemente, nos preguntamos, ¿cuántos serán dentro de algunos años los emigrantes portugueses, africanos, turcos que habrá en España viviendo en las mismas condiciones inhumanas si el capitalismo español tiene el éxito que, sin duda, el mismo «ABC» nos desea? El argumento de que «España es diferente» nos parece ingenuo. Si España se desarrolla bajo formas capitalistas, estableceremos, en competencia con los demás países desarrollados, nuestros banderines de enganche para conseguir mano de obra barata en todos los puntos de la Tierra donde la miseria no permita vivir a la gente, donde la trágica alternativa de «emigrar o morir» se encuentre planteada en forma angustiosa. Si tal ocurre, en España se desarrollarán reacciones en cadena racistas, se promulgará una legislación protectora de la mano de obra nacional y las chabolas, todavía «calientes» que habrán dejado nuestros emigrantes interiores en el suburbio de las ciudades, serán ocupadas por los recién llegados «hermanos» extranjeros. Nuestros bienpensantes, nuestros caritativos, nuestra beneficencia tendrán todos los días «su buena obra» que hacer y una mi-

sería que lamentar, que revalorizará nuestra opulencia.

La cuestión es que, por encima y por debajo de los aspectos sociológicos de las emigraciones, se encuentra su esencia económica íntimamente ligada al desarrollo capitalista, y aún más concretamente al proceso de formación y acumulación de capital. La emigración económica pertenece y es uno de los elementos constitutivos de la acumulación originaria o primitiva. El capital se forma por la combinación de dos elementos: el dinero y los medios de producción, por una parte, y la fuerza de trabajo capaz de hacerlos producir, por la otra. El dinero no empleado, no combinado con una fuerza de trabajo asalariada, no es capital propiamente dicho, es riqueza atesorada o destinada al consumo improductivo. En el origen del capital se encuentra no sólo una acumulación de riqueza, sino también el proceso emigratorio entendido como proceso de transformación de fuerza de trabajo precapitalista en fuerza de trabajo capitalista, esta transformación que es la emigración económica en sentido estricto es, pues, uno de los componentes indispensables del fenómeno más amplio y complejo de la acumulación primitiva de capital.

Este tipo de acumulación primitiva continúa aún en sistemas capitalistas muy avanzados y la presencia de la emigración lo atestigüa. En tanto que siga existiendo un proceso de desintegración de estructuras de producción precapitalistas, y que este proceso siga «liberando» fuerza de trabajo y esta fuerza de trabajo emigre hacia mercados capitalistas de trabajo, estén o no en la misma nación, el fenómeno económico de la acumulación primitiva se sigue produciendo. Ahora bien, es interesante comprobar cómo la emigración económica, dentro del proceso de acumulación de capital, tiene distintas funciones específicas en cada etapa de este proceso de acumulación, y cómo es a partir de estas funciones concretas y variables que se instrumenta la «condición del emigrante», esa condición lamentable que es en lo que generalmente se quedan los estudios sobre la emigración a que estamos acostumbrados.

Así podemos constatar que una etapa de implantación del capitalismo en la que se plantea su lucha cerrada con los sistemas de producción artesanos y los de transición manufactureros, la emigración de campesinos y su presencia en los mercados de trabajo tiene por función el completar la expropiación de los oficios a los artesanos, su «saber hacer» y situar el coste de reproducción de la fuerza de trabajo en sus niveles más bajos. Efectivamente, en esta época el capitalismo estaba interesado en sustituir una mano de obra calificada —casi podríamos decir que altamente calificada—, que tenía su origen en los maestros y oficiales artesanos, cuyo coste de reproducción era muy elevado (la enseñanza de un oficio artesano se realizaba en toda una vida de convivencia del aprendiz en el hogar-taller del maestro), por una mano de obra sim-

plemente especializada, cuyo coste de especialización en la máquina se reducía a unos días o, todo lo más, un mes de entrenamiento, y cuyo coste de reproducción se situaba al puramente biológico, puesto que no requería conocimientos especiales complicados. La emigración campesina cumple esta función de destrucción de los oficios artesanos a pesar de las primeras asociaciones obreras de defensa de los oficios, y se presenta como un ejército colosal de reserva del que el capitalismo puede echar mano para mantener el nivel general de los salarios a sus niveles más bajos. El capital se amplía por la utilización masiva y a bajo precio de la cantera inagotable de los emigrantes campesinos, y las condiciones de vida de estos primeros emigrantes venían determinadas por su función misma, por su calidad de masa miserable de casi mendigos, capaces de vender su fuerza de trabajo por el precio de su subsistencia.

Las funciones de la emigración han variado en los países actualmente desarrollados o de sistemas capitalistas avanzados, y las condiciones de vida de los emigrantes vienen definidas e instrumentalizadas por el carácter de esta nueva función.

En tales sociedades el sistema de producción ya no se enfrenta con el problema de la destrucción de los oficios artesanos, sino, por el contrario, con el problema de la necesidad de capacitar la mano de obra, potenciarla técnicamente, especializarla dentro de una jerarquía o escala cada día más complicada y a la que se asigna un estatus distinto a cada escalón o jerarquía. Los tiempos de la tendencia a la igualación hacia abajo han pasado y las tendencias son las de la «escalada» hacia arriba, la promoción, y la integración por una participación racionalizada por el sistema del «cuenta gotas» (una gota de poder sobre los de abajo, dos gotas de sumisión a los de arriba) en el control burocrático o técnico de la producción. Dentro de este proceso de ampliación del capital ya desarrollado, la emigración de la fuerza de trabajo liberada de los modos de producción precapitalistas (que en estos sistemas muy desarrollados se sitúan fuera de sus fronteras, en áreas de influencia o colonización económica), tiene como función principal el empujar a la fuerza de trabajo «nacional» hacia arriba en esta escalada integradora de la «promoción permanente».

La mano de obra importada ocupa los puestos sin especialización alguna, los trabajos más duros, los peor pagados, puestos y trabajos que, sin embargo, siguen siendo necesarios en los sistemas desarrollados y que sin los emigrantes tendrían que ser desempeñados por la mano de obra nacional. Los emigrantes «liberan» esta mano de obra nacional no especializada y la permiten disfrutar del sistema de reproducción ampliada por aumentos en su capacitación profesional, les permite «promocionar». Y esta ilusión de la «promoción permanente» es uno de los más importantes ele-



La escena pertenece al clima en que seis mil emigrantes portugueses viven en una pequeña localidad asturiana.



El autobús, precipitado en el río Ebro, junto al Pilar de Zaragoza, conducía a un buen grupo de trabajadores extremeños emigrantes, de camino hacia la Navidad en su tierra de origen.



Grupos de marroquíes, que se quedarán a trabajar en nuestras carreteras, o pasarán la frontera de los Pirineos, pueblan con sus exóticos atuendos las estaciones españolas.

mentos de integración de las «clases obreras nacionales» de los países desarrollados.

Además, desde el punto de vista del coste de esta colosal operación para el bienestar creciente de sus nacionales, la operación de la emigración es redonda: son los países no desarrollados o los semidesarrollados quienes costean la «producción» de la mano de obra, ya que los países de acogida la reciben «hecha y derecha». La OCDE estima en doce años de trabajo la amortización del «costo de producción» de un hombre de dieciocho años en un país desarrollado europeo. 1.200.000 obreros inmigrantes al año en los diez países desarrollados de Europa supone un colosal regalo o, si se prefiere, un extraordinario trasvase de plusvalía que realizan gratuitamente en sus «macutos» los pobres de Europa a sus ricos vecinos.

Una buena parte de los planes de enseñanza y su ampliación a capas cada día más extensas de sus poblaciones, una buena parte de las ventajas sociales otorgadas a sus clases trabajadoras, una buena parte de los planes sociales de viviendas, etcétera, son costeadas por este colosal beneficio de las políticas migratorias.

Y del mismo modo, las condiciones concretas de vida de los emigrantes en estos países de la opulencia, su marginación, su aislamiento, sus salarios un 30 por 100 más bajos que los más bajos salariales nacionales, las chabolas en las que habitan, el racismo que padecen, las discriminaciones legales, el no disfrute de derechos políticos o su disminución efectiva de sus derechos sindicales, todo eso, en fin, que constituye la «triste suerte» del emigrante y que hace estremecerse de conmiseración a los piadosos «bienpensantes» de los países de acogida, son consecuencia directa de la función económica que desempeña la emigración en el proceso acumulativo de capital, en el desarrollo hacia el bienestar capitalista que todos suspiran, desean y alaban.

Además, la emigración desempeña otras funciones menores que no dejan de tener su importancia. La más curiosa —y quizá una de las más escandalosas— es la de preservar el «hogar» nacional y la «familia» como sostenedor sagrado de la sociedad de acogida. Es evidente que las sociedades capitalistas desarrolladas —si no hubiera emigrantes, si no realizaran una política inmigratoria eficaz— se verían obligadas a forzar el trabajo de la mujer, el trabajo femenino menos cualificado, y también es evidente que en un cierto punto del desarrollo la tendencia general de estos países es reducir el trabajo femenino y «volver a la mujer al hogar», que es su puesto de «honor» y donde realiza la sagrada misión de «madre», etcétera, y esta política es posible gracias a que se importan emigrantes y a que estos emigrantes han dejado en sus países a sus esposas y a sus hijos, han roto su hogar.

Otras muchas cosas importantes se podrían decir sobre la emigración, pero entendemos que basta la muestra para situar el tema dentro de su verdadero contexto. Y ahora, si ustedes quieren, hablemos y contemos nuestros emigrantes y nuestros inmigrantes, hablemos de los 6.000 portugueses de Asturias, hablemos de los árabes, «moros», que trabajan en nuestras carreteras, hablemos de los 3.000.000 de españoles repartidos por los cinco continentes, y al hablar estaremos hablando del capitalismo, del imperialismo y también, ¡horror!, de política. ■ E. D. E. (Equipo de Estudios).